

emigratorio creciente, que alcanzaría sus cotas más elevadas en la década de los sesenta, pero que ya contaría con un fuerte empuje inicial en los cuarenta y un gran desarrollo en los cincuenta. Sin embargo, esas dificultades constantes no significaron grandes contratiempos para la solidez institucional del Régimen en Albacete durante estas primeras décadas. Si excluimos cierto desarrollo de la guerrilla en los cuarenta, sobre todo en la zona serrana, cierta presencia de elementos o grupos de izquierda en algunos municipios, pero sin gran articulación ni grandes posibilidades de actuación, y el desarrollo que alcanza la H.O.A.C. en Almansa y en Albacete, donde en 1960 llega a contar con 150 y 100 afiliados respectivamente, no encontramos formas sistemáticas de oposición ni de crítica. En algunas ocasiones, como tras la condena de la O.N.U. al Régimen, en diciembre de 1946, y tras la celebración por la oposición del Congreso de Munich, en junio de 1962, tienen lugar grandes manifestaciones de apoyo al sistema en la capital de la provincia. A las vías de control, al recuerdo de la guerra, al fuerte proceso de inculcación ideológica, se unen en los sesenta las progresivas —aunque no generales— mejoras sociales, un fuerte crecimiento industrial y los encantos del mundo del consumo para acentuar esa desmovilización general de la población, de modo que los cambios procederán primordialmente de sectores sociales concretos, cuyo peso relativo resulta aún difícil de medir. Ello no significa, no obstante, que no surgieran conflictos diversos, de tipo institucional y social, en los que se vinieron a cuestionar algunos de los fundamentos del Régimen, como la representatividad del aparato sindical vertical o el sentido social de las actuaciones seguidas.

En todo caso, la mirada al pasado como estrategia ideológica fue quedando convertida en fórmula vana, rutinaria, sin contenido real, y los proyectos de futuro no resultaron seguramente tan efectivos como la propia dinámica socioeconómica —espontánea en gran parte— de crecimiento, urbanización, mayor movilidad social y mejores perspectivas de mejoras individuales. Extensas zonas del país, como la provincia de Albacete y las demás que hoy componen la región castellano-manchega, no conocieron de hecho, pese a los sucesivos planes y sugerencias, el mismo proceso de cambios y de crecimiento que otros puntos generalmente muy localizados, sino verdaderos procesos de descapitalización, despoblación y atraso relativo.